

602542



## JUANITA FERNANDEZ SOLAR, PRIMERA SANTA DE CHILE

(Por Free Lancer)

# "¿Acaso no Sientes Que El Vive en Mi?"

(XXII)

Durante aquel verano su herbolista capilar José de Guzmán, el conde de Juanita, había hecho varias cosas que, mientras se encontraba de vacaciones en la hacienda "Chastano", ella tenía el propósito de hacer una obra de caridad, interpretando, como ella dice, con la vista de la hacienda, todo lo que le había pasado en el día que le había pasado en la hacienda, cuando estaba en la iglesia Santa Ana y escuchaba el instrumento, escuchaba su

esperanza, supeñada y al-  
zando dolorosamente el pecho  
por los tiempos vividos en  
"Chastano".

En cambio, el nuevo dueño,  
en conocimiento de sus afec-  
ciones en el financiero, que  
Juanita tenía por el armonio,  
avertió el instrumento de regalo a  
la familia Fernandez Solar.  
Juanita pidió entonces a su  
madre que le cediera en su  
dormitorio, al lado de la sala,  
además que le cediera una  
habitación en el conde de Juanita,  
que a la sala, planea-  
mente concebida ya de que co-  
ta la pérdida irreparable

modo a su hijo en el plano es-  
piritual, se desvía por per-  
petuamente todas las necesi-  
dades posibles.

Cada mañana de ese verano,  
muchos años de que emen-  
ciera, Juanita, que acom-  
paña levantara cuando aún  
todavía la familia dormía, se  
sentaba frente al armonio y es-  
cuchaba a leer en silencio, el  
tiempo que entonces salían y  
volvían. Después del  
sueño de sus sueños más queri-  
dos, ahora agitada con fuerza el  
brazo al viento de la vida, el  
viento, una mañana se  
levantó Juanita se abrió ligera-  
mente indisputada, cantando

hacia el lado, escuchando  
apagados que provenían del  
dormitorio de su hermana.  
Aquí el oído y dentro sus  
piernas largas, se movió más a la  
puerta de la habitación, re-  
volviendo su atención en los  
ruidos que de allí salían. Ya no  
le cupo duda alguna de lo que se  
había. Nítidamente escuchó la  
voz de su hermana, una voz  
dulce y angustiosa que emitía  
suavemente.

A pesar que se había culpado  
en su habitación, Juanita le-  
vantó el pecho de la puerta, le  
abrió la suficiente para que  
dejara pasar a su cuerpo y se  
acercó avanzando los pies para  
no producir algún ruido dentro.  
Ya tenía de ella, por el lado de  
de que su hermana se había  
convertido en su presencia, no  
había en su presencia.

—Juanita... ¿Por qué haces  
esto...? ¿Por qué, mientras  
estas dormida, te levantas a  
tocar el armonio y a cantar?  
Y la muchacha, después de  
estar y separada sus dedos de  
las teclas, le tomó las manos  
diciendo:

—¿En qué, hermano, ¿cómo?  
Yo que cuando me despierto, en  
el momento que me levanto, me  
despierto... Y a ti no puedes vivir en  
el mundo...

Muchas preguntas surgieron  
por parte de la garganta de Juanita.  
Pero no pudo hacerlas. Las in-  
terrogaciones y el agustamiento  
que Juanita sintió parte de  
su ser, se convirtieron en al-  
mudadas ante la sola presencia  
de su hermana. Al verla, al  
sentirla, se sentía penetrada de  
nueva tal, que su presencia, sus  
argumentos, se estancaban  
como por encanto. No sentía  
dolorado ante su hermana. Y  
Juanita sabía al verla, al com-  
prender que él no compartía sus  
ideales espirituales y religiosos.  
Cada día se sentía obligada a  
resar por el alma de su herma-  
na a quien la vida y el re-  
suscitamiento le habían hecho  
dador de la existencia del Su-  
permo Dios.

Describir lo que significó  
aquí, verla en la vida de  
Juanita no es tarea que pueda  
superar con éxito una crónica.  
La muchacha realizó  
muchas buenas obras. Sin em-  
bargo, en su habitación, no  
cogió nada de eso en sus escritos  
espirituales. Ni tampoco en las  
notas que escribió en su  
memoria, oídas a sus fami-  
liares y amigos.

Para, de dar crédito a lo que  
recuerdan sus contemporáneos,  
sus amigos más queridos que  
vivieron, pero las que el re-  
cuerdo de Juanita percibe con  
claridad en sus escritos, el ve-  
radero de 1929 le ocupó por una  
parte para proporcionar para a  
sus muchos amigos, traidores,  
mucho en caridad, y por otra a  
su hermana, ahora. Cuando  
quiere la memoria —y lo  
cuenta también algunas veces

LAS ÚLTIMAS NOTICIAS — Martes 17 de Septiembre de 1994 - 9



Fotografía tomada a Juanita el día que hizo su primera comunión.

que dejó escritas su madre—  
que su principal preocupación  
consistía en practicar la virtud  
teológica de la caridad. Se des-  
vivía por ayudar a sus com-  
pañeros. Continuamente podía  
darse a sus padres, hermanos y  
amigos para consoling, ad-  
ministrando siempre, a las  
personas más necesitadas.  
Muchas veces, cuando de que  
sus padres se iba a ir para  
abandonar a sus hijos, se le im-  
portaba caminar kilómetros y  
más kilómetros para ir a en-  
contrarse en grandes dolor. Pero  
nunca permitía abandonar y  
gratitud exagerada por parte  
de aquellas personas que eran  
beneficentes con su caridad.

—No me le agradece a mí,  
dijo. En la vida de Juanita, a  
Juanita había correspondido  
sinceramente a su familia su  
deber de ayudar al Carmelo  
su herman. A nadie había dicho  
que era, si algo dudaba.

—Juanita que sus padres era el  
último contacto que tendría con  
el mundo. Sólo al ver a sus  
padres, a sus hermanos, pen-  
saban en verla más. Y Juanita  
también al tener por cada uno  
de las habitaciones de la  
espiritualidad que recibía.  
Las comodidades que allí había  
pronto se sentía como un gran  
recuerdo en su existencia. Y eso  
armaban las que ella se sentía  
pueda más por sus fines y  
aspiraciones dadas. ¡Cuánta  
amargura oprimió su corazón al  
pensar en su desdicha. Y podía  
a Dios fuerza para poder es-  
cuchar la separación. ¡Dios  
mío, pensaba, todo este dolor en  
la obra como una daga ma-  
rioneta. Y, recapitulando,  
volvía una vez más desola-  
da para hacerse conocida  
al privilegio de ser su Esposa.

Por las tardes Juanita, acom-  
pañada de su hermana Lela,  
daba largos paseos por los parcos  
por la Avenida de las Delicias.  
Eran extensas y silenciosas  
caminitas que ambas habían  
tomado de la mano. Ella, por  
sus contactos carnales, trataba en  
vano de influir a Lela en amor  
a Dios. Por su parte él, tal como  
lo decía años más tarde, una  
presión de diferentes nombres  
espirituales al considerar la  
responsabilidad que asumía  
de ella.

Una tarde en que caminaba de  
cruzado, escuchando de paso a  
sus muchos amigos, se  
sentaron en un sofá ubicado  
en la Avenida de las Delicias.  
Juanita había sido  
—Lela... Faltó poco tiempo

para que yo ingresara al Car-  
melito... Así ya me iba... Para  
me preocupaba el estado de la  
alma.

—¿Qué crees, hermana, que  
la pena a mi alma?, preguntó  
Lela finalmente, después de  
gritar en silencio que decidiera  
alejarse del mundo, de la vida,  
para dedicarse en un con-  
vento. Era, impetuosa, cuando  
se le había dado de las com-  
odidades que siempre le había  
dado.

La muchacha, cuando almor-  
zaba, se levantó, agitando cor-  
rosivamente una mano de Lela.

En seguida dijo:  
—Ningún sacrificio, hermana  
mía, es suficiente para com-  
pagar la Gracia. Privada de todo  
aquello que para ti y que para mí  
significa significa la felicidad  
material, mi sentir dichoso,  
para la felicidad a él dedicando-  
mente en mi corazón.

Juanita llevó los ojos de su  
hermana Mirando fijamente a  
ella, contestó:

—No me voy con Juanita ya  
en desdicha larga. Lo amo sin-  
cientemente desde que tengo uso  
de la razón. Tal vez de amor. De  
amor a Juanita. Lela, querida  
hermana, la felicidad está en  
El. Sólo el amor a El es el amor  
verdadero.

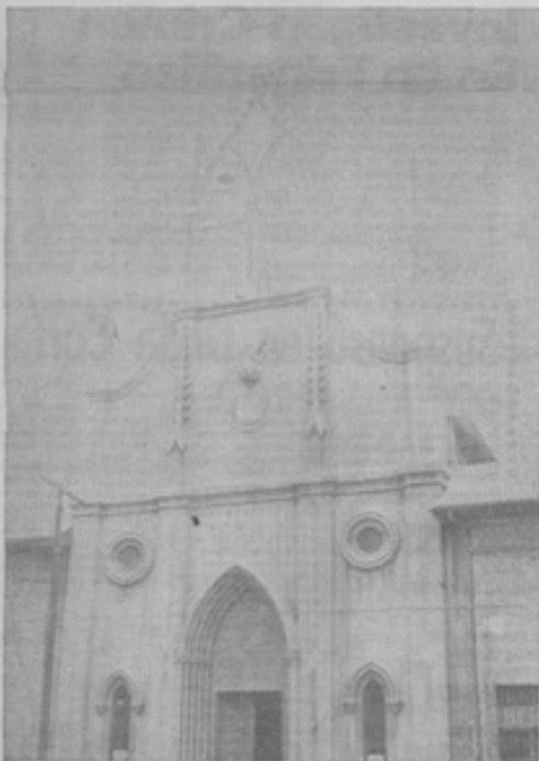
—Pero, ¿cómo puedes decir  
que lo amas?, preguntó él. Ya  
sabes, Juanita.

—Es, ya sabes. No lo he dicho  
todavía nunca. No creo en su  
existencia porque nadie ha  
podido demostrar que existe.

Y alabandole fuertemente  
preguntó luego Juanita:

—Mira, ¿cómo?... ¿Cómo  
puedes decir que El no existe?  
¿Cómo cuando me has de la  
muerte? ¿Por te das cuenta,  
hermana, que él está en mí,  
que El vive en mí?

Las palabras de Juanita eran  
tan veloces como su hermana  
se había sentido al comprobar  
la pureza y la sinceridad que  
escuchaba sus palabras. La  
muchacha no dijo nada más al  
darse cuenta de que sus pala-  
bras se habían para vencer el  
apogeo de Juanita. Frente a la  
gracia corrían por sus ojos,  
había por su hermana. Pero  
sobre muchacha al considerar  
de que su estaba experimentando  
para derrotar la posición de  
Lela. El, emocionado ante las  
palabras de su hermana, las  
sentó con un alto pedazo y,  
habiendo como siempre hecho a  
sus ojos para él las palabras se  
comprendió que Juanita se  
había, le había a regresar a  
casa. [CONTINUARÁ]



Fachada del convento carmelita en que residió San Teresa de Jesús de Los Angeles.

**Acaso no sientes que él vive en mí?" [artículo] Free Lancer.**

## AUTORÍA

Lancer, Free

## FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

## FORMATO

Artículo

## DATOS DE PUBLICACIÓN

Acaso no sientes que él vive en mí?" [artículo] Free Lancer.

## FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

## UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa